

«Lucía» y una aria de «Favorita.» Cuando las notas que acostumbrábamos amar en los días de infancia vuelven á encontrar nuestro oído, se despiertan pensamientos que habian huido há largo tiempo y las primeras sonrisas se asoman otra vez á nuestros labios.

Un poeta ha comparado el canto escuchado en días felices al viento que ha recorrido los lechos perfumados de flores orientales. Se aspira siempre lleno de bálsamo, aunque las flores hace tiempo hayan muerto. Así aun cuando los sueños felices hayan pasado, el acento de la música los hace revivir en la memoria!

Uno de los concurrentes nos dió algunos detalles sobre el lugar donde estábamos.

Este edificio, nos dijo, fué fundado en 1873 por Mr. Grunewald.

—¿Quién es Mr. Grunewald? pregunté.

—Un alemán venido á Nueva-Orleans en 1852, dedicado al expendio de pianos y de otros instrumentos músicos de viento y cuerda.

—¿Nos encontramos, pues, en un emporio de flautas y de guitarras?

—Y de acordeones y órganos, de clarinetes y aún de tambores. Pero todo esto no se halla sino en el piso bajo. Allí puede vd. encontrar los famosos pianos de Steinway y de Pleyel y un gran surtido de libros y de pliegos con composiciones músicas de toda clase.

—Es este un verdadero templo de Euterpe.

—Y algunas veces también de Terpsícore. Se dan aquí bailes: en aquella galería alta se coloca la orquesta y en ese salón adyacente se sirve la cena.

Realmente aquel local presentaba comodidades. Daban ganas de visitarlo detenidamente. Mas era ya tarde y la fiesta habia concluido. Nos retiramos, por lo mismo, tomando precauciones para no encontrarnos en la puerta con un instrumento músico de nueva especie: el llamado comunmente catarro.

CAPITULO XIV.

FUEGO.

Rodriguez se habia empeñado en ver Nueva-Orleans en llamas. No pensaba sino en fuego, y nada lo entusiasmaba, ni nada lo conmovia, sino la campana que lo anunciaba.

Yo presumí que su gusto no habia de tardar mucho en verse satisfecho. En efecto, esa misma noche, cuando ya comenzaba á dormirme teniendo aún en la cabeza los pianos de Mr. Grunewald, él saltó de la cama precipitadamente.

—Es fuego, me dijo, fuego, aquí cerca. Y sin poderse contener más, tomó sus botines, sus pantalones y su saco, abrió la puerta y se lanzó á la calle como un loco.

A los pocos momentos volvió, para que yo lo acompañase. No era egoísta y no queria gozar solo de un espectáculo tan hermoso.

Salimos, y á los primeros pasos descubrimos una gran claridad sobre el horizonte. Parecia una aurora boreal.

Los edificios estaban teñidos de rojo más ó menos desvanecido segun la distancia, cual si fuesen formados con cristal de colores. Empecé á reconciliarme con el gusto de Rodriguez y aún fuí comprendiendo que Neron por amor al arte mandase quemar Roma. Las bombas se anunciaban con sus campanas por todas partes: los caballos iban al galope; nada respetaban y habrian atropellado, sin importarles un bledo, cualquier transeunte á quien hubiesen tomado descuidado. Afortunadamente eso no era fácil en aquel momento en que la ciudad se hallaba entregada al sueño. Rodriguez me urgia para que apretara el paso; temia llegar tarde, y él deseaba tomar en aquella funcion un sillón de orquesta. Pero desgraciadamente no habia un coche ni un wagon en aquellas altas horas; y cuando llegamos las bombas ya no funcionaban, el elemento destructor habia sido vencido!

Rodriguez se enfureció como si hubiera ocurrido en balde á la cita de una mujer hermosa. Dijo que no se iria de Nueva-Orleans hasta que no la viera reducida á cenizas. Dimos la vuelta á la manzana y la hallamos rodeada de bombas y escaleras, del carro donde se enreda el largo tubo de cautchuc, en fin, de todos los elementos necesarios para luchar con el incendio.

Los caballos descansaban de la carrera, sacudiendo sus crines y haciendo oír sobre el empedrado su calzado de fierro. Parecia que tenian la conciencia de haber sido ellos los vencedores, segun el orgullo con que veian á los que se les acercaban. Sobre el carruaje que habian transportado estaban colocadas las bombas, de cabeza dora-

da, y arrojando aún el calor al través de sus cuerpos de acero, cual una persona á quien sofocase la circulacion de su sangre encendida. Las escaleras no habian llegado á extenderse; permanecian agazapadas dentro de las ruedas, semejantes al pulpo que no ha podido hacer uso de sus antenas apresadoras. El largo tubo, que habia sido llevado hasta el fuego, se hallaba ya enredado cual una inmensa culebra..... Poco á poco toda esta procesion de nuevo género fué desfilando tranquilamente, haciendo esto contraste con la precipitacion con que acudió á aquel lugar á los llamamientos urgentes del bronce que anunciaba el peligro.

Es verdaderamente notable lo bien arreglado que se encuentra este ramo de administracion en los Estados-Unidos. Hay que fijarse en multitud de particularidades. Los toques designan con toda claridad el lugar donde es el incendio. Todas las manzanas tienen un número y aún los altos guarismos pueden ser percibidos fácilmente. Se trata, por ejemplo, del número 635: se dan primero seis campanadas, despues tres, despues cinco. Hay telégrafos en casi todas las calles para avisar el desastre á los bomberos de guardia. Estos se hallan siempre en su puesto: los caballos están guarnecidos, y hay algunos tan bien enseñados, que van por sí solos á colocarse cerca de la bomba á los primeros anuncios de fuego. Los bomberos no son pagados; hacen el servicio gratuitamente y esto se considera cargo honorífico. Con semejantes costumbres fácilmente se comprende que propósitos como los de Rodriguez tardarán mucho en cumplirse, y que para que arda Nueva-Orleans será preciso que, como en

otro tiempo en aquellas ciudades de que habla la Biblia, caiga fuego del cielo.

CAPITULO XV.

LOS PRINCIPIOS DEL CARNAVAL.

Nos acercábamos al carnaval: estábamos en el juéves que lo precede. Los periódicos insertaban todos los días una gran lista de las muchas personas que llegaban á los diversos hoteles: el Ayuntamiento apuntalaba los anchos corredores situados sobre las galerías de las calles mas céntricas, para que no se desplomasen con el peso de los que iban allí á presenciar las procesiones, y la ciudad toda presentaba un movimiento que hacia comprender que, cual si fuera una bolsa elástica, se introducía en ella constantemente algo mayor que su contenido ordinario.

Las fiestas en Nueva-Orleans anteceden al carnaval en vez de seguirlo. Ese día se repartían invitaciones para un baile en Opera-house en elegantes cubiertas con figuras de hoja de parra; y el "*Times-democrat*" hacia una descripción pormenorizada de la procesion que iba á salir aquella noche, para la cual se habia escogido un pasaje tomado del Ramayana.

Habia que dejar para más adelante la explicacion que daba el periódico. En tres largas columnas hablaba de los Vedas y de la poesía oriental, y no satisfecho con

esto, dedicaba otro tanto á hacer la historia del carnaval en Nueva-Orleans. En cuanto á las invitaciones, abierto el sobre, se encontraba un polígono en cuyo fondo estaba el dios Momo meciéndose en el mar sobre una flor desconocida, y adentro una tarjeta con el nombre de la persona á quien iba dirigida.

Al dios no habia de valerle su origen divino si un viento fuerte le soplabá en una embarcacion tan frágil. Mas dejando aparte esto, era preciso pensar ante todo en prepararse para las fiestas.

Los restaurants de Nueva-Orleans, entre los cuales hay algunos de primer órden, no podían contener el número de parroquianos. Un paseo por los principales de ellos, el de "Moreau," el "Cosmopolitan" ó el de "John," hubiese dado á un dispéptico deseos de ahorcarse. Todo lo comible que nada, corre ó vuela, estaba allí. Los productos de las huertas de las inmediaciones se hallaban representados por una variedad considerable de legumbres y de frutas. Los vinos en sus recipientes de cristal imitaban topacios de colores diversos..... mas, concluida la comida, lo principal era obtener un buen sitio para distinguir el desfile de los carros.

Venían estos precedidos de policías á caballo y á pié y rodeados de negros con hachones encendidos. Se presentaba primeramente á la vista el templo de Indra. A pesar de ser todo de carton, habia que temer aplastase á algun espectador, si se le caía encima en el momento que pasaba agitándose sobre el empedrado.—Seguia despues Valmiki en el momento en que el dios de tres cabezas le concede el don de la poesía. Lo más nota-

ble en este carro eran los cuatro caballos que lo tiraban: cubiertos con camisas encarnadas y no con gran conocimiento de la divinidad que conducian, segun lo mucho que la hacian vacilar sobre el trono.—Rishasing arrancado con seducciones de su ermita. No habia que enviáarlo; porque las mujeres que se lo llevaban no eran las lindas jóvenes de Nueva-Orleans, sino hombres disfrazados, las colas de cuyos fracs se transparentaban bajo sus vestidos un poco ligeros salpicados con adornos dorados.—El sacrificio del caballo blanco. ¡Pobre animal! tenia que compadecerse.—El consejo de los dioses. Consideré que el joven que iba sobre el águila llegaría á su casa un poco maltratado con el trote que el ave habia tomado al ser colocada sobre un vehículo de no muy buen movimiento.—Casamiento de Rama.—Destierro del mismo. ¡Qué pronto acaba la dicha!—El crimen de Desaratha.—Rapto de Sita.—Coronacion de Sugriva.—Sita apriionada en la isla de Lanka.—Rama invocando el Océano.—Combate de Rama y de Ravana.—La purificacion de Sita.—Su descendencia. Hé aquí lo que pasó á la visita: algunos de los enmascarados saludaban á las señoras con sus cinturones de serpientes; y aún uno de los asistentes al matrimonio de Rama se entusiasmó y bailó una polka: la cosa merecía la pena.

Todo aquel desfile habia tenido lugar entre aplausos y manifestaciones de alegría. De sesenta á ochenta mil personas, á no dudarlo, concurrieron al espectáculo. La calle del Canal pareció estrecha. Pero aún no estaba terminada la fiesta: la orquesta se hacia oír en Opera-House. Habia que tomar el vestido de baile y procurar que la noche tuviera un fin digno del principio.

CAPITULO XVI.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Opera-House es un teatro situado en la esquina de las calles Bourbon y Toulouse, teniendo una elegante fachada sobre la primera de ellas, y es considerado como uno de los buenos edificios de su género en los Estados-Unidos.

A las once de la noche de aquel día todo lo aristocrático de Nueva-Orleans se dirigia á ese lugar. Subiendo la escalera, se entregaban las invitaciones y los abrigos y se penetraba en la sala. Antes de conseguir esto último, era necesario permanecer de pié algun tiempo en la puerta, por encontrarse en esta agrupadas multitud de personas. Si esto es incómodo en todas partes, lo es más en una ciudad de los Estados-Unidos, porque los americanos se permiten empujar cuando intentan abrirse paso y ni siquiera usan el "Vd. perdone" que entre nosotros tiene que decirse. Nuestra raza no está acostumbrada á sufrir semejantes faltas, y así, para evitar un disgusto en aquella sociedad extraña, lo más conveniente era procurarse un asiento en alguno de los palcos.

Desde allí podia gozarse de un magnífico golpe de vista. El teatro, bien iluminado, hacia reflejar su luz sobre los trajes multicoloros de las señoritas y los disfraces dorados de los máscaras. El telon estaba levantado: el

piso del patio habia sido nivelado con el del escenario: la orquesta aparecia en el fondo. Los sacerdotes y guerreros orientales y aun las divinidades indias, entre ellas el dios Brahama, habian descendido de sus carros relucientes para mezclarse con las *yourg-ladies*, y á la verdad, no obstante su elevada estirpe, habian ganado mucho en esa comunicacion profana. Pero lo que del bello sexo se hallaba en el salon de baile no era la mayor parte: en el *dress-circle* y en los palcos asomaban por todas partes cabezas encantadoras.

¿Esos jardines de la belleza estaban guardados, como en Inglaterra, por los dragones de la gazmoñería? ¿acostumbraban los corazones, como en Francia, hacerse á la vela, á probar fortuna en el océano del matrimonio, rehusando el amor ir muy léjos en barcos tan frágiles? Para el extranjero, la resolucion de estas cuestiones debia preocuparle poco. No se podia tener la pretension de encontrar en una noche labios que amasen verdaderamente y habria que conformarse con los que estuviesen cerca. El corazon es como la madre selva; se adhiere á la planta que más se le aproxima. La pluma del amor, semejante á la del pavo real, se tiñe de matices diversos segun los rayos de luz que recibe.

Hechas estas reflexiones, podia ya descenderse de la posicion elevada en los pisos superiores y tomar en el baile activo participio. Se tocaba un wals. Estas notas entusiastas jamas se oyen en vano. Pero cuando se lleva el compás con toda regularidad; cuando no se convierte la pieza en galopa, como se acostumbra algunas veces entre nosotros; cuando se estrecha un talle esbel-

to y elegante y el aire nos hace aspirar perfumes embriagadores y multitud de bellos ojos brillan sobre nuestra cabeza, cual estrellas en el cielo; el placer adquiere entónces el máximum de intensidad y la sangre marca un grado bien alto en el termómetro del corazon.

Siguieron despues lanceros, punta y talon, variedades y *racquet*. Ante estos nombres tenia que confesarse ignorancia. Las variedades es un precioso baile, que parece tener origen frances. Personas que se mezclan, paso de wals, chassés, polka, señoras que aprisionan á un jóven, molinetes, alas..... La imaginacion tiene que estar ocupada constantemente con tales combinaciones: la pieza se llega á creer inventada por un celoso, para que su adorada no tenga tiempo de escuchar del compañero una sola palabra de admiracion, ni aun de cortesía.

El *racquet* es tal vez derivado de la palabra racket que significa confusion. Sin embargo, no es sino una galopa con paso algo cambiado. La confusion no viene sino cuando no se sabe bailar; lo cual no es raro, ni aun en los Estados-Unidos.

Recorrido el salon principal, se subia á los destinados á los refrescos y á los licores. Los lábios delgados de las copas convidaban á besarlos. No tan suaves como los de una mujer, son en compensacion más sinceros. Con el néctar que en ellos se liba se alumbra muchas veces nuestro oscuro camino; desaparece de la frente el ceño, el dolor queda ahogado y el corazon se hace jóven. Con razon todos los poetas se han dedicado á las anacreónticas, celebrando en ellas ese dios recibido al nacer por Ino, educado por las musas y por Sileno y del cual fluyen todos los sueños de transporte.....

En medio de los placeres las horas pronto pasan. Eran ya las tres de la mañana. Varias familias habían dejado el salón. Los últimos acordes de la orquesta se hacían oír. Se tenía que tomar el sombrero y el sobre todo.

Una vez en la calle, acompañaban los recuerdos de la alegría pasada. A los goces reales sucedían los de memoria. La imaginación se empeñaba en seguir todos los detalles de la fiesta. ¡Había desaparecido el vaso en que estaban las rosas, pero el perfume de ellas continuaba haciéndose sentir!

CAPITULO XVII.

LA ADUANA DE NUEVA-ORLEANS.

La Aduana de Nueva-Orleans es una vasta construcción de piedra situada sobre la calle del Canal. Su parte exterior no presenta mucho notable. Los americanos tienen generalmente un gusto depravado respecto á edificios. Unas veces fabrican mezclando todos los órdenes de arquitectura: otras ejecutan obras que no pertenecen á estilo alguno. De estas últimas es la Aduana de Nueva-Orleans.

La comodidad y el ornato interiores suplen, sin embargo, las más veces esta falta de belleza en las fachadas. Bajo este punto de vista el edificio de que tratamos no admite rival. Dividido en varios pisos, cada uno de ellos presenta amplios corredores á cuyo lado se distin-

guen oficinas para los diversos empleados del Gobierno Federal. Todos los ramos que corresponden á las diferentes Secretarías de Estado aparecen allí reunidos. Los juzgados de distrito, las cortes de circuito, el despacho para los negocios de baldíos, están al lado de la administración de rentas y de los locales para los numerosos dependientes de la Aduana, desde el administrador hasta los celadores.

Los tribunales de justicia, amueblados con seriedad y elegancia, se hallan situados en espaciosos salones. El hombre debe hacer grande todo lo que lo empeequeñece: tal vez esta máxima se ha tenido presente. Mas lo que no admite duda es que la buena representación exterior contribuye mucho á los fines de la justicia, y que al penetrar en una gran sala se experimenta una sensación de respeto y recogimiento, que es imposible en juzgados colocados en locales estrechos y con un mueblaje adecuado á las escaseces del presupuesto. Los mexicanos deberíamos comprender esto y ser un poco menos económicos en los gastos indispensables al bien social.

Lo principal de la Aduana es el patio central del edificio, donde está lo que se llama *business room*, es decir, el despacho de aquellas oficinas con que el público tiene más continuo contacto. *Deputy collector, Cashier, Deputy Surveyor, Ware house clerk, Ware-house book-keeper, Deputy naval officer, etc.*: tales son los letreros que se ven en las diversas vidrieras, las cuales separan el local de los empleados del destinado á uso común. El patio, como he indicado antes, es magnífico. Sobre un piso de losas cuadradas de mármol negro y blanco se levantan catorce